

"Náufragos en el Parque de Atracciones"

"Náufragos en el parque de atracciones" es el subtítulo de "El cepillo de dientes", de Jorge Díaz. Silvia Santelices, al dirigir esta nueva versión de la obra, en el Teatro La Mascarada, prefirió usar este subtítulo que oculta un poco de qué se trata, pero que es una segunda denominación bastante conocida de la obra. Es también una forma de marcar un distinto énfasis en la dirección. Su propósito, enunciado en las palabras de presentación en el programa, es acentuar el carácter lúdico de esta pareja que busca salvarse a través de los juegos que inventan para liberar sus tensiones y hacer posible su reencuentro amoroso.

Normalmente se ve en "El cepillo de dientes" un caso de incomunicación, en la línea planteada por el teatro del absurdo y, más directamente, por Ionesco; pocas veces se ve que en esos juegos hay un implícito acuerdo que intenta crear el clima necesario para revitalizar la relación amorosa. Ella y El desarrollan cada día el mismo sistema: comienzan por agresiones que les permiten liberar fantasmas que los agobian (la rutina de las acciones cotidianas y el deseo de liberarse de la pareja) y entran luego a un juego de sensualidad, simulan un cambio de pareja, para poder decir y hacer lo que en su relación ya establecida se ha hecho difícil. A este juego de sensualidad más explícita, dentro del tono lúdico ya aludido, es a lo que Silvia Santelices ha dado mayor énfasis en esta versión.

En su aparente sencillez, "El cepillo de dientes" es una obra muy difícil de actuar. Para que la serie de juegos verbales tenga el ritmo y la naturalidad necesarios y para que los diferentes modos de agresión imaginados por la pareja tengan toda la carga de ferocidad, violencia y humor que se requiere, es necesario un gran dominio escénico y un minucioso análisis de las intenciones subyacentes en cada uno de los parlamentos. Sylvia Hernández y Mario Bustos manejan bien los parlamentos y logran imprimir un ritmo adecuado a la actuación, pero con frecuencia usan un mismo tono para dos intenciones distintas o se apresuran a recitar el texto, quizás para conservar un ritmo ágil, sin producir los espacios necesarios para la transición hacia situaciones diferentes.

El tono de sensualidad se acentúa en el segundo acto por acciones bastante explícitas de El en sus requerimientos amorosos y por medio de una caracterización que abulta aquellas partes de la anatomía de Antona que le dan un aspecto más popular. Los grandes y expresivos ojos de Sylvia Hernández y el vestuario escogido, ayudan a crear ese clima de sensualidad más bien humorística.

No aparece muy notoria, en cambio, la que podría haber sido la mejor razón para reemplazar el

nombre por el subtítulo de la obra: su carácter de metateatro, su intención de dejar explícito el juego teatral como tal juego teatral. Todo lo que vemos en el escenario, y que durante un rato hemos interpretado como una sucesión de realidades superpuestas (la de Ella y El que se agreden, la de El y Antona que se buscan, la de las muertes sucesivas de Ella y El) no son realidades, son sólo ficciones teatrales, son actuaciones de dos actores que presentan su número en una feria, en un parque de atracciones, y que son interrumpidos, antes de llegar al desenlace, por el apuro de los tramoyistas que desean desarmar el decorado. Quizás se alude a que toda la vida no es más que una ilusión o se agrega un desconcierto más a la serie de realidades que ocultan otra realidad, presente en toda la obra. Este aspecto, quizás uno de los más valiosos y originales pero muy escasamente destacado, está presente en el diálogo y en la forma ingeniosa adoptada por Sylvia Santelices, como escenógrafa, para concebir el decorado, pero pudo haber orientado toda esta puesta en escena ya que el subtítulo colocado por Jorge Díaz apunta muy directamente a este sector de las interpretaciones posibles.

Los cambios de luz que hace con frecuencia Jorge Sáez no parecen obedecer al propósito de destacar intenciones diferentes en los diálogos, son sólo saltos, interrupciones, intentos de dar movimiento por medio de fluctuaciones de luz, pero sin una lógica interna.

A pesar de las objeciones que hago al montaje, el resultado general es positivo. "El cepillo de dientes" es una obra a la que se ha dado constantemente una interpretación parcial, se acentúa sólo el plano de la incomunicación y la serie de juegos verbales. Esta versión destaca una humorística sensualidad. El cambio de título también proyecta hacia otro plano de sugerencias comprendidas en la obra, el que deja explícito el juego propiamente teatral, el de la pura ficción en que se desarrolla todo el actuar de esta pareja de náufragos que buscan modo de sobrevivir.

La Mascarada abrió su sala el año pasado, en el Llano Subercaseaux de la Gran Avenida, con "Sueños de un seductor"; está en un sector donde ya se han juntado varios escenarios que acogen interesantes manifestaciones artísticas. Allí está el auditorium del Instituto Miguel León Prado, donde se han realizado festivales de teatro y donde se han presentado conjuntos que buscan expandir su radio de acción; también está la Casa de la Cultura de San Miguel, de hermosa arquitectura, en una antigua casa histórica y está esta Mascarada que se abre paso con el esfuerzo de Sylvia Hernández acompañada de Mario Bustos y de Sylvia Santelices.